

EPISTOLA 211: LA "OBIURGATIO" DE SAN AGUSTIN

INTRODUCCION

Fecha y autor

En la introducción al OM se señalaba que dentro del grupo de textos que conforman lo que se suele llamar "reglas agustinianas", sólo tres de ellos deben considerarse básicos. De estos únicamente nos queda por abordar la *Obiurgatio* (*Repreñión*) o *Epístola 211*.

Los Mauristas dataron la *Obiurgatio* hacia el 423. Fundándose en dos motivos: **primero**, la paz con los Donatistas ya se había logrado. De hecho, Agustín en el párrafo 4 de la carta dice: "Nos alegramos en la unidad de los Donatistas". Hecho acaecido en la gran Conferencia con los Donatistas, tenida en Cartago el año 411. **Segundo**, la hermana de Agustín, antigua superiora de la casa, ya había muerto desde hacía bastante tiempo¹. La primera de las fechas aducidas no ofrece dificultad, y por tanto la carta no puede ser anterior al 411. La segunda es menos segura pues no conocemos las fechas de la vida de la hermana del santo: puede ser 420, o 423, o 425².

-
1. Posidio, en su *Vita Augustini* dice: "Ninguna mujer habitó jamás bajo su techo, ni siquiera su hermana carnal, que viuda se puso al servicio de Dios y por mucho tiempo, hasta el día de su muerte estuvo al frente de un monasterio de hermanas", 26,1: ed. A.A.R. Bastiaensen, Verona 1975, p. 196.
 2. Ver L. Verheijen, *La Règle de Saint Augustin. II: Recherches historiques* (París 1967) p. 203.

*En lo que hace al autor de la Obiurgatio no puede ser puesta en tela de juicio la paternidad de Agustín. L. Verheijen lo ha probado con buenos argumentos*³.

Motivo de la epístola

Embrolladas con su superiora por causa del nuevo prepósito, las hermanas le solicitan a Agustín que intervenga directamente. El santo se niega de modo rotundo, y además les hace saber que tampoco quiere que se cambie la superiora. Son las hermanas rebeldes las que deben deponer su actitud, sin exigir nada a cambio. Agustín les hace saber que prefiere no hacerse presente para así evitar tener que llegar a soluciones extremas.

*En su Reprensión el santo obispo de Hipona se muestra severo y firme. Es una carta de tono duro, aunque no violenta, que nos muestra cuánto detestaba Agustín las debilidades que provocaban divisiones, sobre todo en la vida monástica*⁴.

Nuestra versión

Esta epístola ya fue traducida al castellano por el P. L. Cilleruelo para la BAC⁵. Sin embargo, no pudo contar en esa ocasión con el texto crítico establecido por L. Verheijen⁶. Por ese motivo nos ha parecido oportuno ofrecer una nueva traducción a partir de la mencionada edición crítica.

Enrique CONTRERAS, osb
Monasterio de Santa María
6015 Los Toldos (B) — Argentina

* * *

-
3. Op. cit., II, pp. 202-205.
 4. Ver los *Sermones* 355 y 356: BAC 461, Madrid 1985, pp. 245-270.
 5. Nº 99, Madrid 1953, pp. 991 y 993.
 6. *La Règle de Saint Augustin. I: Tradition manuscrite* (París 1967) pp. 105-107.

TEXTO

Agustín, salud en el Señor.

1. Así como la severidad está preparada para castigar los pecados que hallare, así la caridad no quiere encontrar qué castigar. Esta causa hizo que no las visitara cuando requerían mi presencia, no hubiera aumentado su alegría sino su división. ¿Cómo quedar indiferente y dejar impune, si hubiese existido estando yo presente, tan grande alboroto cuanto lo promovieron estando yo ausente, que aunque mis ojos no lo vieron, sin embargo mis oídos fueron azotados por sus voces? Quizá también hubiese sido mayor su sedición en mi presencia, cuando era necesario no concederles lo que en funestísimo ejemplo, contra la sana disciplina, lo que no les convenía, pedían. Y así al hallarlas no como las quiero, también me hubieran encontrado como no deseaban (ver *2 Co* 12,20).
2. El Apóstol escribe a los Corintios diciendo: *Pongo a Dios por testigo sobre mi alma de que todavía no he ido a Corinto para perdonarlos, no porque dominemos en su fe, sino que somos cooperadores en su gozo (1 Co 1,23-24)*. Esto también les digo a ustedes: para perdonarlas es que no he ido a visitarlas. Asimismo me perdoné a mí mismo, para no tener tristeza sobre tristeza de ustedes (ver *Flp* 2,27), y elegí no mostrarles mi rostro, sino derramar mi corazón ante Dios por ustedes (ver *1 Ts* 2,19); y a causa de su gran peligro actuar no ante ustedes con palabras, sino ante Dios con lágrimas, que no convierta en luto mi alegría, pues solía alegrarme de ustedes, y entre tantos escándalos, en los cuales este mundo por todas partes abunda, consolarme un poquito pensando en su numerosa comunidad y casta dilección y santa vida religiosa, generosa gracia de Dios que les ha sido dada, para que no sólo despreciasen las nupcias carnales, sino que también eligiesen habitar en unánime sociedad en una casa (ver *Sal* 67,7), para que fuesen una sola alma y un solo corazón en Dios (*Hch* 4,32).
3. Considerando estos bienes que hay en ustedes, estos dones de Dios, mi corazón suele en todo caso descansar entre las muchas tempestades, en las que es azotado por otros males. Corrían bien. ¿Qué las fascinó? (ver *Ga* 5,7 y 3,1). Esa persuasión no proviene del que las llamó. Poca levadura... no quiero decir lo que sigue. Esto es lo que más deseo, suplico y exhorto: que esa misma levadura vuelva a ser mejor, para que no toda la masa se convierta en peor, como ya casi había sucedido. Si, pues, volvieron a pensar con sensatez (ver *Flp* 4,10), oren para no entrar en tentación (ver *Mt* 26,41), no haya de nuevo disputas, rivalidades, animosidades, disensiones, maledicciones, discordias, murmuraciones (ver 2

Co 12,20). Porque no hemos plantado y regado el jardín del Señor en ustedes (ver *1 Co* 3,6-8), para cosechar estas espinas (ver *Jr* 12,13), oren para que Dios las saque de la tentación (ver *2 P* 2,9; *Sal* 17,30). Si las que las inquietan, aún las inquietan y no se corrigen, soportarán el juicio (ver *Ga* 5,10), sean las que sean.

4. Piensen qué desgracia sea ésta, cuando nos alegramos en la unidad de los Donatistas, lloramos cismas internos en el monasterio. Perseveren en el buen propósito, y no desearán cambiar la prepósita, que teniéndola el monasterio, por tantos años perseverante, ustedes crecieron en número y edad, ella es la madre que no en el regazo sino en el espíritu las recibió. Todas, pues, las que al monasterio vinieron, allí la han encontrado, o bien sirviendo y complaciendo a la santa prepósita, mi hermana, o bien siendo ella misma la prepósita que las recibió. Bajo su dirección fueron instruídas, recibieron el velo, se multiplicaron. Y así, se rebelan para que la cambien, cuando deberían llorar si quisiésemos quitársela. Es esa misma a quien conocen, es esa misma a quien vinieron, es esa misma por quien, teniéndola por tantos años, han crecido. Nuevo no recibieron sino solamente el propósito. Si es por él que buscan novedad y si por envidia de él así se rebelaron contra su madre, ¿por qué no podrían pedir eso: que lo cambiásemos a él? Si esto las llena de horror, porque conozco de qué modo lo aman con veneración en Cristo, ¿por qué no puede ser lo mismo con aquella? A los inicios, en efecto, el propósito halló dificultades en ustedes para gobernarlas. Que más quisiera él que dejarlas sufrir esa mala estimación y envidia de ustedes contra él. Ahora se dirá que ustedes no hubiesen buscado otra prepósita si él no hubiese empezado a ser su prepósito. Tranquilícense y compóngase sus ánimos (ver *Jn* 3,8). No prevalezca en ustedes la obra del diablo, sino que la paz de Cristo triunfe en sus corazones (ver *Col.* 3,15). No corran avergonzadas a la muerte, con dolor del alma porque no se hacen lo que quieren, o porque las avergüence haber deseado lo que no debieron desear, sino más bien haciendo penitencia recobren la salud. No tengan la penitencia del traidor Judas (*Mt* 27,3-5), sino las lágrimas del pastor Pedro (*Mt* 26,75).

*

*

*